



LA ENSEÑANZA EN EL HOGAR

No hay finca, capital ni hacienda que mayores beneficios dé á una familia que un hijo bien instruido y educado. No hay tiempo que mayores utilidades reporte, que el que se emplea en instruir y educar á la familia. El padre que puede hacerlo y no lo hace labra la ruina y desventura de su casa, y no debe jamás maldecir de la suerte, sino de sí mismo.

La tarea de cuidar de la educación intelectual y moral de los hijos es pesada, difícil y penosa, es realmente un sacrificio, pero si por algo debe sacrificarse el hombre es por el bien de los suyos, y ningún bien hay más positivo que el que resulta de convertir los niños en hombres útiles, dignos, capaces de ganar de comer, de cumplir con sus deberes y de honrar el apellido que llevan.

En la torre de la iglesia de Santa María, de Vitoria, mi pueblo, hay grabada una inscripción que dice:

«Quien de los suyos no cuida
niega la fe y es peor
que un gentil sin ley, ni Dios».

Y como complemento de tan antiquísima y sabia sentencia pedagógica; en otra inscripción inmediata, se lee:

«Quienes fueren padre y madre
hijos é hijas serán».

Desgracia grande es el que la mayor parte de los padres no puedan cumplir ese deber que tanta felicidad produce á las familias, consistiendo la imposibilidad, en muchos casos, en que no saben; en otros en que, aunque sepan, no disponen de tiempo; y en muchísimos más en que, aunque tengan suficiencia y tiempo, no quieren molestarse en ello.

El progreso y difusión de la enseñanza disminuirían en el porvenir, muy pronto, si se pusiera empeño en ello, el número de los imposibilitados por ignorancia; y la convicción logrará que busquen y encuentren siquiera media hora diaria para dedicarla á esa labor aquellos que se excusan en la falta de tiempo; pero fatalmente para los que, antes que buenos padres son egoístas, para los que, teniendo conocimientos y tiempo sobrado, no descienden jamás en el hogar á practicar la cariñosa labor de enseñar á sus hijos, para estos que lo dejan y abandonan todo en manos del maestro, del catedrático, del sacerdote ó de la institutriz, para estos no hay enmienda posible; sus «graves negocios», que generalmente no son, ni negocios, ni graves, sino refinadas y perpetuas holgazanerías sociales, disfrazadas con los nombres de «ineludibles ocupaciones» y de «importantes asuntos», no les permiten ocuparse en cosa tan ruin como la instrucción de los muchachos, y creen de veras que con darles calzado y posada, como el cazador de Gamarra se la daba á su perro, esto es, con atender á que anden vestidos, comidos y alojados física é intelectualmente, cumplen, de sobra con las obligaciones que tienen al ser padres de familia. Los hijos así tratados por el despego de sus padres, no se identifican jamás con ellos y se despegan también insensiblemente; y puesto que para que llegaran á ser hombres en nada ni para nada dirigieron su espíritu, éste no siente apenas gratitud ninguna al llegar á la virilidad y paga en la misma moneda, dejando que cuiden de los padres cuando es necesario, gentes extrañas sin arraigo de cariño natural en la familia, como lo son siempre los criados, y generalmente las nueras y los yernos.

Por el contrario, cuando los padres están penetrados de estas verdades y sustentan á diario, con amoroso empeño, la instrucción de sus hijos, enseñándoles lo poco ó mucho que sepan y que procede que los niños aprendan, entonces, como en tierra fértil y sazónada, que aca-

rician los rayos del sol y amparan las bendiciones del cielo, se ve surgir fuerte y poderosa la inteligencia de los jóvenes, y desarrollarse en equilibrio al compás con que el cuerpo se desarrolla, sin que haya dificultades ni obstáculos que prevalezcan, y que siempre se vencen con la constancia en el trabajo. No hay ejemplo de un niño instruido y educado por sus padres, que se haya torcido, que se haya malogrado, que no haya dado el ciento por uno al hogar donde nació y aprendió á ser hombre. No hay ejemplo de hombre perdido ó inútil que no achaque su desgracia al abandono en que se le dejó en la casa paterna. En los hijos de muchas familias modestas ó ricas, que han realizado envidiables carreras, se ve la influencia del trabajo constante con que el padre y la madre los dirigieron durante los primeros veinte años de la vida. En el desmoronamiento y ruina de muchas familias poderosas se descubre el demoleedor efecto que la insensatez, la ceguera ó el cariño mal entendido produjeron en los hijos al dejarlos confiados á manos extrañas y mercenarias.

A lo penoso, áspero, prosáico y difícil del sacrificio de dedicar una hora cada día á instruir á sus hijos, enterándose del estado de sus conocimientos, facilitándoles su comprensión, demostrándoles su utilidad y estimulando su adquisición, á esa labor obscura, íntima, tan agradable para los que se quieren de veras, repulsiva para los que tienen que quererse por fuerza ó con obligación, corresponde un provecho recíproco para los padres y para los hijos, que dura siempre, y que es el verdadero secreto de la prosperidad del hogar.

Ni el maestro, ni el catedrático encuentran en las leyes, ni en las reformas, ni en la sabiduría de los textos una ayuda más grande y eficaz que la de la instrucción repetida por los padres, á domicilio, secundando la suya, para el logro de los fines que se proponen en su nobilísimo ministerio. Con un buen padre y un buen maestro no hay joven que no pueda aspirar á ser un hombre de bien, feliz y respetado. Del hogar y de la escuela ha de salir la ventura de la patria, y no de otra parte. Cumplan con su deber, ayúdense mutuamente los padres y los maestros, y las generaciones que ellos eduquen verán á nuestra nación redimida y grande.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.

